



Nombre...mi nombre, no lo recuerdo. Debo tener uno ¿cierto? Todos los humanos tienen uno. Pero sí recuerdo otras cosas. Recuerdo a mi pueblo ardiendo en llamas. Recuerdo vagamente a mi madre, mi padre, a un muchacho...Kieran. Tiene una sonrisa muy bonita...¿Tenía? No lo sé, no sé cuánto tiempo ha pasado desde entonces. No sé si podría llamar recuerdos a lo que tengo en la mente, son más como imágenes fragmentadas que aparecen y se esfuman casi de inmediato.

Creo que Kieran me quería. Lo veo parado frente a mí, escudándome de un montón de adolescentes. Creo que me están insultando. Recuerdo a los adultos alejándose de mí cada que caminaba cerca de ellos, y sus miradas...me tenían miedo. Mis madre me defendía y decía que lo que yo tenía era un don. Aún así creo que le temía a algo, lo veía cada que me miraba de reojo. Trataba de que no me sintiera tan distinta a los demás. ¿Tenían razón en temerme? No lo sé...pero siempre entendía a lo que se referían, lo sentía. Era como si estuviera observándome desde algún rincón oscuro, esperando a que la dejara salir, una compañera invisible. No sé si ese sentimiento inquietante que me traía era real, o algo creado por el miedo que todos le tenían. Era parte de mí, y siempre será así.

Creo que las únicas veces que no me sentía sola, que no tenía miedo de lo que tenía dentro, era con Kieran...espero que esté bien, donde sea que se encuentre. Quisiera volver a verlo.

Otra imagen llega a mi mente: Veo todo desde el cielo, una sombra alada siguiéndome por debajo mientras paso por encima de ríos y árboles que dejo atrás instantes tras haberlos pasado. Recuerdo el éxtasis que sentía en ese momento, sentía que podía ir a donde quisiera, ser quien yo quisiera y que todo estaría bien. Una voz masculina y joven se alza por encima del viento:

—¡ESTO ES ASOMBROSO, ERA! —Escucho a Kieran reír jovialmente.

Era. Ese es mi nombre, y Kieran fue mi prometido. Memorias que tanto estaba luchando por encontrar dentro de hace un momento ahora fluyen de forma incontrolable: Recuerdo el día en que colocó el collar que él mismo hizo alrededor de mi cuello, lo estrujé entre mis brazos, deseando que nunca terminara ese momento. También recuerdo cuando el río se volvió rojo, pintado por la sangre que brotó de su cuello cuando los invasores encontraron el pueblo.

La rabia y el arrepentimiento se apoderan de mí. Pudimos detenerlos, si tan solo me hubieran dejado hacerlo...si hubiéramos atacado antes de que llegaran en lugar de ocultarnos, Kieran seguiría aquí conmigo.

Es por eso que reduje ese miserable pueblo a cenizas, y no me arrepiento de nada.

Ahora lo único que me queda de Kieran es el collar, el que todos codician por sus supuestas habilidades mágicas. Pueden mandar a quien sea, pero terminarán igual que todos los anteriores: Otro cadáver más calcinado en mi cueva. Mi hogar desde hace siglos.